

LAS ESCUELAS DE PADRES

Felicidad Loscertales Abril
I.C.E. de la Universidad de Sevilla

1.- La educación como incorporación a la sociedad

La importancia de la educación tal como en la actualidad está planteada, es proporcional: 1) a las necesidades personales y psicogenéticas de los individuos en crecimiento y, 2) a la importancia de las exigencias y demandas planteadas a esos individuos por el medio ambiente social y natural en el que les ha tocado vivir, al que tendrán que adaptarse en una interacción que resulte fructífera y satisfactoria para su supervivencia.

En este sentido, la educación se entiende como una parte importante del proceso de socialización que todo individuo vive hasta integrarse activamente en su ambiente. Familia y Escuela son, por este orden, los dos primeros ambientes sociales que el niño conoce y tienen precisamente el fundamento de su existencia en el hecho de ser los agentes decisivos en el crecimiento social del educando. Le proporcionan estímulos, crean para él un entorno enriquecido y, a través del contacto con los demás individuos, adultos o jóvenes de cada grupo, le ofrecen modelos vitales que le servirán de puntos de referencia para elaborar su conducta.

La familia es algo que el individuo se encuentra hecho al nacer, que le preexiste, que influye en su desarrollo y le ayuda a formar sus características personales futuras. Es quizás, uno de los más fuertes elementos de permanencia del cuerpo social. Y es que la familia es el primer núcleo social del que el hombre tiene conciencia y, en cuanto concepto abstracto, tiene, además, una existencia interiorizada en la mente de cada persona.

A lo largo de la historia ha habido formas muy diversas de estructuración familiar y también distintas definiciones referentes a las misiones que la fa-

milia debía cumplir socialmente de cara a la formación de los hijos. Estos, consecuentemente, también han tenido formas muy distintas, más o menos patentes, de identificación con el grupo familiar al que pertenecían.

Paralelamente a las transformaciones sociales se ha ido transformando la familia. Así la familia extensa y tradicional que era la más extendida en la Europa anterior a la gran revolución industrial, protegía y envolvía a los hijos hasta que eran prácticamente adultos. Como la madre permanecía generalmente en el hogar, ella cumplía las tareas de cuidados materiales, formación básica, entretenimiento y hasta de orientación profesional de los hijos, tareas que el resto de la familia y los núcleos sociales próximos completaban de forma suficiente y hasta satisfactoria. El grupo familiar con los alcances que podía, también era responsable de la salud mental y física. Al ser más numeroso y tener un ámbito físico más amplio (las casas eran grandes) se incluían también entre sus funciones las sanitarias y hospitalarias y las de cuidado y mantenimiento de ancianos, enfermos crónicos, minusválidos, etc.

En los momentos actuales, por el contrario, se ha generalizado una serie de instituciones que han suplido muchas de las tareas que la familia, reducida a papadres e hijos, ha quedado incapacitada para cumplir. Servicios médicos, seguros sociales, jubilación, instrucción obligatoria y formación y orientación profesional son muchos de estos campos junto a los relacionados con el abastecimiento, la industria y los transportes.

Concretamente, por lo que respecta a la educación y la preparación de los hijos para la vida, la institución escolar ha suplido y completado la misión que antaño era de incumbencia familiar. Y a veces, no sólo llena esta misión en los aspectos informativos, sino también en los afectivos y personales. Hay muchos estudios que demuestran que existe un amplio porcentaje de niños desvalidos por carencias afectivas en el hogar que deberían ser compensados de estas carencias en la institución escolar, ya que ésta es la única esperanza de aliviar su situación de sufrimiento.

El circuito escolar desempeña en la adaptación sociocultural de los jóvenes un papel parcial pero muy importante junto al que sigue desempeñando la familia dentro del hogar.

Se ha encargado, como representante de la sociedad, de transmitir a las nuevas generaciones una selección de los conocimientos, técnicas e ideologías que representan a la cultura que caracteriza a la sociedad en que viven. Asimismo, contribuye a su preparación profesional para integrarlos en el mundo del trabajo. Cada sociedad, pues, ha ido constituyendo su propio sistema educativo, sistema que, en los momentos actuales es para cada país uno de los conjuntos institucionales más importantes y significativos.

Esta generalización de la instrucción pública creó también un problema conceptual, puesto que apareció la necesidad de establecer una diferencia suficientemente clara entre educación y enseñanza. Mientras que se hacía en el hogar, o con preceptores y grupos poco numerosos, la atención estaba centrada en la idea de educación como un conjunto unitario. Pero la necesidad de la distinción antes mencionada se hizo patente cuando el Estado u otras instituciones se fueron haciendo cargo de estas tareas, y al generalizarse fuera de la familia se fue imponiendo la asistencia a Centros escolares de forma indiscriminada para todos. Entonces se vió que era más fácil impartir enseñanza de "cosas" que dedicarse a la educación "personal" de tantos alumnos. Esta distinción, que se ha hecho ya clásica, cada vez adquiere mayor significado y presenta mayores problemas.

A lo largo del presente siglo, la tarea de educar compartida con la familia, llámese instrucción, educación o enseñanza (no hay más que observar los cambios de denominación de los Ministerios del Ramo) se ha convertido, como ya se ha dicho, en una institución social. En ella se establece la dependencia de un Ministerio del Gobierno y ello da paso al fenómeno "oficial y burocrático" que define a las instituciones de la sociedad contemporánea.

El proceso educativo cuyos fines se sitúan entre los polos, la formación individual y la salvaguardia y

perfeccionamiento de los valores sociales, tiene ya un agente oficial, la Escuela. Ella se va a encargar desde este momento de un proceso educativo generalizado, igual para todos, ya que para que sea posible hacer una educación y una enseñanza obligatorias y efectivas, hay que organizarlas en el marco de una acción simultánea y colectiva donde se impliquen la familia y la escuela con una clara coordinación de objetivos.

2.- Las relaciones familia-escuela

Así pues, actualmente existen dos instituciones, familia y escuela, que se ocupan del proceso educativo. La escuela, como se acaba de decir, atiende a aspectos colectivos, mientras que la familia presta una atención más individual, sin que ello excluya intenciones individualizadoras en las aulas ni vida grupal en las familias, donde hermanos, primos y otros parientes infantiles viven juntos las dimensiones comunitarias imprescindibles para el desarrollo personal infantil.

Otra importante diferencia que conviene hacer notar es la calidad de las relaciones personales en cada una de estas instituciones. Esta calidad es predominantemente emocional en los contactos y comunicaciones que se establecen en el seno de la familia. A propósito de esta dimensión afectiva de la educación en el hogar, puede afirmarse que la constelación familiar que sirve al niño de punto de referencia, comprende no sólo al padre y a la madre, sino también a los demás miembros de la familia. La escuela, por su parte, se caracteriza por unos planteamientos relacionales intelectuales que son los que dan el tono general de la institución. Si lo que se puede exigir a los padres, y sirve para definirlos, es el cariño que tienen a sus hijos, de los maestros se espera que sepan y enseñen. Han de saber muchas cosas y también han de saber cómo enseñar esas cosas y lograr que sus alumnos las aprendan.

La familia y la escuela han de tomar conciencia de esta diversidad existente entre ellas, sin dramatizarla porque, lejos de ser perjudicial, enriquece el universo socializador del niño. Este es, entre otros, uno de los motivos que hacen precisa una acción coor-

dinada de ambas instituciones, para lograr una adecuada formación en los jóvenes.

Ahora bien, los hijos y alumnos no siempre van a absorber las enseñanzas que padres y maestros les ofrezcan ni van a aceptar absoluta y dócilmente los modelos que la sociedad, a través de los educadores, haya querido intencionalmente presentarles. Se van a socializar también a través de numerosos estímulos, conscientes e inconscientes que están por todas partes en los ambientes que les rodean. Las fuentes de origen de estos estímulos son muy diversas: las acciones inconscientes y la presencia personal de padres y maestros (independientemente de su tarea educadora) y de otros adultos, los compañeros y los hermanos en tanto que "grupo de pares", los héroes de libros, revistas y "comics", las estrellas del espectáculo y el deporte, y, por supuesto, con un impacto digno de toda consideración, la influencia arrolladora de los mass-media, especialmente de la televisión, que hoy se configuran ya como un tercer elemento educativo y creador de opinión.

Los numerosos modelos que, de esta manera, van a ofrecerse a los niños en crecimiento son, además de incontrolables, muchas veces opuestos y hasta contradictorios. Este es otro de los motivos fundamentales de la urgente necesidad de coordinar los esfuerzos de familia y escuela, dado que sus objetivos finales se constituyen en torno a un núcleo común, centrado en el equilibrio y la perfección del niño que crece y se desarrolla como persona y como miembro de la sociedad.

Pero a pesar de todo esto, durante mucho tiempo y con demasiada frecuencia en nuestros días, padres y maestros, no a nivel personal e individual, sino como instituciones, como familia y escuela, han colaborado poco, o lo que es más grave, han mantenido actitudes de mútua distancia. Los miembros del personal docente consideran que ellos son especialistas en su campo de trabajo, lo cual es cierto y no puede ser puesto en duda, y que por ello la intervención de terceros, por muy padres que sean de sus alumnos, no haría más que complicar la vida de las aulas. Los padres, por su parte, estiman que la verdadera tarea educativa, es decir, lo tocante a la formación de la personalidad de

sus hijos, les está reservada a ellos de forma preferente y que la escuela está poco capacitada para desempeñarla y mucho menos para interferir en lo que ellos hacen. Una equivocada idea de los hijos como una propiedad privada de los padres, contribuye muchas veces a endurecer estas actitudes y creencias.

Ahora bien, no sólo hay aspectos negativos en la base de estas posturas. En la mayoría de los casos puede encontrarse un fondo de la mejor buena voluntad. Es el más generoso espíritu de entrega de los padres el que hace que un buen porcentaje de personas en nuestra sociedad, afirmen con todo convencimiento que el papel y las responsabilidades de los padres se extiende hasta la vejez o que dura toda la vida, y así, por cierto, lo demuestran con sus acciones la mayoría de las familias.

Pero aún en el caso de que se tenga una cierta fe en la conveniencia de una colaboración institucional frecuentemente ni padres ni maestros han sabido hasta ahora cómo hacerlo.

En principio hay una idea generalizada acerca de que lo mejor es la relación personal, de uno a otro, cada padre con el profesor de que se trate, y según sea el problema a considerar. Pero, como es natural, esta idea reduce sus relaciones precisamente al estudio y solución de los problemas que aparecen en el transcurso del proceso educativo de los hijos. Y justamente se trataría de lo contrario, de estar preparados y de acuerdo para que el proceso se verifique de tal manera que los problemas no aparezcan o se reduzcan lo más posible. Incluso, si aparecen, también existiría una preparación previa y una disposición para poder solucionarlos.

Estas necesidades de cooperación permanente entre familia y escuela, están haciendo vacilar muchas de estas posturas equivocadas o parciales y cada vez surgen más iniciativas tanto por parte de padres como de maestros, (aunque quizás predominen las que aparecen en el marco preciso de la escuela), que intentan romper esa barrera existente entre ambos por un posible complejo de superioridad de los maestros y una cierta desconfianza de las familias, actitudes ambas

que se pueden hacer desaparecer cuando se desea establecer un clima de comprensión y trabajo para solucionar las dificultades comunes con las que ambos se tropiezan.

En esta tendencia a formar grupos de acción y reflexión para encontrar mejores vías educativas se enmarca el nacimiento y desarrollo de las Escuelas de Padres.

Independientemente de las reuniones que se prevén en los Reglamentos de algunos Centros, el personal docente, según los medios de que dispone y las demandas que percibe en los padres de los alumnos, organiza para éstos conferencias, jornadas de trabajo en la escuela, reuniones sobre temas concretos, etc. También invitan a los padres a participar en algunas actividades del colegio, como las excursiones o montar exposiciones de artesanía con los trabajos de los alumnos.

Por su parte, los padres, de forma aislada o a través de sus asociaciones, también demandan información y consejo y ofrecen ayuda. Como respuesta a estas necesidades se ha establecido en muchos Centros la costumbre de que el maestro, el director o el psicólogo se pongan regularmente en contacto con las familias examinando con ellas los perfiles de la marcha de sus hijos en el Centro. A través de este intercambio de opiniones, el maestro logra un conocimiento más amplio de la personalidad total de los niños, y los padres ven facilitada su labor educativa ante la que no se sienten tan solos. Pero, sobre todo, estas relaciones permiten prevenir y tratar más fácilmente las crisis de los escolares. La mayoría de los chicos pasa en un momento u otro por períodos más o menos difíciles: baja del rendimiento, ligeras desviaciones de conducta, ansiedad... Los contactos entre padres y profesores permiten descubrirlos rápidamente, conocer mejor los factores desencadenantes y, por lo tanto, ponerles remedio antes de que el mal sea difícil de superar.

En resumen, puede afirmarse que los esfuerzos encaminados a promover la colaboración eficaz y competente entre padres y profesores se realiza en dos direcciones: o bien por parte de las propias familias

y otros organismos externos al sistema escolar, o por servicios y personas de los propios centros docentes.

3.- Las Escuelas de Padres

Todos los aspectos que se acaban de describir en las relaciones entre familias y centros escolares se han revelado como útiles y efectivos, pero esa utilidad resulta todavía parcial y pasiva. Con el paso del tiempo y la suma de experiencias se ha ido viendo que la solución ideal sería la cooperación permanente y funcional entre padres y profesores, teniendo ambos la convicción de que les incumbe una parte básica en la responsabilidad del progreso normal de sus hijos y alumnos, en el desarrollo general de su personalidad y en su trabajo escolar.

Esta idea ha sido, de muy distintas formas según los lugares y las circunstancias, la que ha dado origen a las Escuelas de Padres. Tienen un nacimiento relativamente reciente y se han desarrollado de forma muy variada según los países donde se han llevado a cabo, ya que sus sistemas educativos y sus características socioculturales también lo son. Por este último motivo cada Escuela de Padres presenta facetas muy diversas según el ámbito en que funciona. Naturalmente no es lo mismo una Escuela de Padres en una situación rural que en una urbana, ni en un centro público se dan los mismos condicionantes que en uno privado.

Hay, sin embargo, como ya se ha visto, una serie de notas comunes en el origen de las Escuelas de Padres, y son comunes precisamente por el tipo de necesidades a que responde su nacimiento: la toma de conciencia de familia y profesores de que es preciso reunirse para estudiar juntos todo lo relativo a la educación de sus hijos y alumnos, y el hecho de haber desdramatizado estos contactos, puesto que ya no se trataría sólo de resolver, después de aparecido, el problema de un niño en concreto o cualquier otra situación conflictiva, sino de estudiar objetivamente temas de interés elegidos previamente por su importancia para la educación y el desarrollo adecuado de la vida escolar. Así se consigue afrontar el contenido de las reuniones de forma objetiva y serena, antes intelectual que pasional.

De esta forma, la idea se ha ido extendiendo y existen ya Escuelas de Padres en muchos países del mundo, como demostró una encuesta realizada por el Instituto de Pedagogía de la UNESCO en 1.955, a la que contestaron 36 países que tenían ya en práctica este tipo de actividad. Hay ya numerosas asociaciones nacionales e internacionales que se reúnen periódicamente en el Centro Internacional de Estudios Pedagógicos de Sévres (Francia).

En España se está promocionando actualmente con gran intensidad la creación de estas Escuelas de Padres, tanto en Centros públicos como en Centros privados y asimismo en otros tipos de grupos y asociaciones entre los que puede citarse como ejemplo la Liga para la Salud Mental, algunos de cuyos miembros también trabajan activamente en favor de las Escuelas de Padres. Las Asociaciones de Padres de Alumnos que recientemente están teniendo mucho auge son otro vehículo de intereses en pro de las actividades comunes de padres y profesores.

El funcionamiento de las Escuelas de Padres se va difundiendo tanto por obra de los profesores como de los psicólogos, médicos, asistentes sociales y otros profesionales dedicados a temas que, mediata o inmediatamente, tienen relación con problemas educativos, pero sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, las Escuelas de Padres son promovidas por los profesores de los Centros en los que hay ya un cierto grado de buen entendimiento con las familias y se desea por ambas partes profundizar y enriquecer estas relaciones. Los profesores, bien todo el claustro, bien un grupo más o menos numeroso, o incluso uno solo de ellos, motivan al colectivo de los padres para que colaboren y se impliquen en esta tarea.

El ser profesores de los niños cuyos padres asisten a las sesiones de la Escuela de Padres, les facilita bastante los contactos, pero es conveniente que se preparen específicamente para esta nueva faceta de su actividad. Sea un profesor del centro, o una persona del exterior, por ejemplo un psicólogo, quien coordine, debe tener claro que su primer objetivo es lograr establecer un buen sistema de relaciones personales con los participantes, ya que ello favorecerá un

ambiente grato, donde la actividad de todos sea posible y se consigan así los demás objetivos.

Las líneas actuales de trabajo en las Escuelas de Padres, van precisamente encaminadas a que las familias sean activas en su propia formación y así puedan crear los ambientes más favorables para la maduración de la conducta de los hijos en colaboración con el trabajo que desarrollan los profesores en el Centro docente.

Esta cooperación entre padres y profesores puede llegar a cubrir necesidades y a solucionar problemas en muchos aspectos del aprendizaje y del crecimiento social y personal de los niños y adolescentes que de otra manera dejarían severas lagunas en su formación.

Es bien sabido en los Centros docentes que la base que proporcionan las influencias familiares va a condicionar de forma definitiva la formación intelectual y las actitudes que, frente a la cultura, desarrollarán los alumnos.

Los profesores, que saben esto muy bien porque lo perciben en su trabajo, se quejan de las deficiencias que sufren muchos niños a causa del escaso nivel sociocultural de sus familias. Pero, realmente, la dificultad está, no tanto en la existencia de este bajo nivel, sino en el hecho de que en el ambiente que rodea a estos niños, haya poca o ninguna actitud de valoración positiva de las dimensiones culturales y de trabajo intelectual que se presentan en la vida escolar y en los ambientes académicos, y esta es una situación explicable, puesto que si algo no se conoce no se puede valorar.

Efectivamente, con algunas escasas excepciones, en la mayoría de las familias desfavorecidas culturalmente, no se alienta adecuadamente a los hijos, no se estimula correctamente su desarrollo intelectual ni se les ayuda creándoles un ambiente que, aunque sólo fuese en las condiciones materiales (silencio, comodidad, buena iluminación) favoreciese sus posibilidades de estudio.

Pero de lo que los profesores no tienen todavía una idea muy clara es de que sus propias actuaciones

pueden hacer evolucionar positivamente esas situaciones perniciosas. En efecto, ellos pueden, a través de unas relaciones con las familias, estructuradas de adulto a adulto, modificar las actitudes de los padres. No podrán ya hacerles adquirir una cultura que es fruto del esfuerzo de muchos años, pero, compartiendo la común preocupación por el futuro de sus hijos y alumnos, pueden contribuir a que adopten las posturas más adecuadas para mejorar sus aprendizajes y su desarrollo personal.

En el curso del desarrollo histórico de las Escuelas de Padres, se han ido perfilando los principales modelos de esta actividad, entre los que destacamos:

- A. Modelo informativo.
- B. Modelo instructivo.
- C. Modelo social.

El modelo informativo es el más difundido y antiguo y se refiere fundamentalmente a la información útil para la vida familiar: puericultura, higiene infantil y doméstica, economía del hogar, problemática escolar...

Y es que, para el desempeño de su tarea educativa, muchos padres se encuentran carentes de recursos por diversas razones:

- Porque en un porcentaje elevado, el nivel cultural es bajo.
- Porque al ser deficitarios de cultura, no están informados adecuadamente, y como consecuencia, acuden para educar: 1) a los modelos estereotipados con que les educaron sus padres; 2) a la propia intuición; 3) al ensayo y error.

Con este planteamiento de base, la educación de los hijos no puede tener éxito, ya que una sociedad tecnificada y compleja, requiere respuestas que un padre sin información no puede dar. Por otra parte, en una sociedad en cambio continuo, el aplicar modelos del pasado es provocar irrevocablemente el fracaso y la incomunicación, enfrentando el pasado al presente. Sirva como ejemplo la problemática generacional que ha

propiciado la falta de entendimiento entre las nuevas generaciones y sus padres y la falta de comprensión de éstos hacia sus hijos.

Por lo general, los educadores estimaban que su deber consistía en dar a los padres "buenos consejos", sin embargo, muchos no están ya de acuerdo con esa práctica tradicional, sino que piensan que deben limitarse simplemente a brindar a los padres una información objetiva.

Las razones que tienen los educadores para condenar los consejos, se relacionan con los principios de la educación activa, según lo cual, de lo que se trata no es de dar "recetas", sino de infundir confianza en cada persona procurando estimularla y conferirle valor, desarrollando al mismo tiempo el sentimiento de autonomía y responsabilidad; estas serían, pues, las bases del modelo instructivo.

Pero a lo largo de su desarrollo, entre los objetivos de las Escuelas de Padres, ha ido delimitándose con claridad la idea de que no es tan fundamental dar recetas y consejos, como informar y formar a las familias participantes. También conviene procurar que los padres cobren conciencia de los problemas que les inquietan e intenten analizar sus elementos para encontrar por sí mismos la solución que mejor pueda interesar a cada caso particular. Con ello, es la propia actividad del grupo la que va a poner a los participantes en el camino de buscar y ensayar nuevos medios y nuevas actitudes. Así aparecerá el modelo social.

A veces cuesta trabajo despertar y mantener en los padres esta actividad que les va a llevar, a través de un proceso de trabajo en colaboración, a unas posturas maduras e independientes, porque, por lo general, las familias van, sobre todo, a buscar el tratamiento de sus problemas concretos y esto es comprensible, porque eso es lo que de forma inmediata podría reducir su ansiedad.

Conseguir todo esto es una meta ambiciosa, y para ello, hay que usar las estrategias adecuadas para que el hecho de expresarse libremente en un grupo de padres o bien en presencia de una persona atenta y a

la que se le supone experimentada, equilibrada y experta en grupos, tenga como resultado una reducción de la tensión, de la inquietud y de la inseguridad. Así, se prepara a los padres para estudiar la situación con más rigor y para adquirir al propio tiempo el valor adecuado para desarrollar personalmente los esfuerzos necesarios para resolverla.

Volviendo al tema de la ansiedad de los padres ante la educación de sus hijos, podríamos preguntarnos como educadores: ¿puede sacarse provecho de la ansiedad de los padres? Para esta pregunta hay dos tipos de respuesta:

a) La que considera que deben ante todo procurar evitarlo y calmar las ansiedades y los sentimientos de culpabilidad esforzándose en disiparlos mediante palabras animosas y sobre todo haciendo constar que el educador no condena a los padres, sino que los acepta como factor básico para la educación.

b) Otra postura estima que hay que valerse de la ansiedad y culpabilidad de los padres para estimular el esfuerzo que les irán exigiendo. Quienes así piensan no temen provocar esos sentimientos en los padres, reservándose como es lógico, la facultad de fiscalizarlos y ayudar a los interesados a dominarlos y orientarlos en sentido positivo. Se trata de que los padres sientan sus problemas de una manera emotiva y pongan en entredicho sus actitudes habituales.

De lo expuesto anteriormente, se desprenderá que el hecho de comprender las dificultades de los demás, aminora el sentimiento de hallarse uno en situación excepcionalmente dramática; refuerza así la esperanza de poder superar las propias dificultades y desde un punto de vista social, reduce además la impresión de aislamiento, el temor de la censura y del menosprecio público. Dos resultados muy importantes que el educador debe perseguir simultáneamente.

El efecto educativo de los grupos de padres, en el orden de la relación social, ha sido seguido en dos direcciones inversas y complementarias: a) por un lado, conferir a los padres el sentimiento de que son aceptados por el medio ambiente de otros padres, al

igual que por un educador investido de prestigio y competencia; b) por otro, enseñarles a saber escuchar, a aceptar a los demás, a colocarse en el punto de vista ajeno, actitud susceptible de mejorar su propio comportamiento en el seno de la familia.

El primero de dichos objetivos consiste en garantizar a los padres sensaciones de seguridad y de solidaridad. Pero ¿puede alcanzarse esto en un grupo constituido artificialmente, es decir, experimental? La práctica aporta a esta pregunta una respuesta afirmativa. Compartir unas mismas preocupaciones, cuando no unas mismas situaciones, es ya suficiente para crear lazos de interés y de simpatía mutua entre los padres, lo cual provoca la búsqueda activa de una solución de los problemas de los demás y corrobora de este modo, progresivamente, el sentimiento de simpatía y aceptación.

Además el hecho de que las Escuelas de Padres constituyan un grupo heterogéneo con experiencias distintas, enfoques y opiniones diferentes sobre unos mismos temas o hechos, es un dato enriquecedor que favorece las posibilidades de concienciación y cambios desde dentro del grupo sin que nadie las imponga.

Toda esta complejidad, empero, no debe ser un obstáculo para el equipo coordinador de una Escuela de Padres, sino un estímulo para enfocar bien su actividad. Su tarea no es la de distribuir recetas de educación, sino la de dar a conocer los datos objetivos de la Pedagogía, la Psicología y cualquier otra parcela de la ciencia que sea necesario aplicar al mejor tratamiento de los ambientes familiares y educativos, invitando a la reflexión sobre ellos para que se puedan extraer las conclusiones necesarias y tomar decisiones oportunas.

4.- La puesta en marcha de una Escuela de Padres

La puesta en marcha de una Escuela de Padres requiere el cumplimiento de tres fases importantes:

a) La primera es la "infraestructural", que consiste en prever todos aquellos requisitos imprescindibles

bien para garantizar su funcionamiento con un mínimo de riesgo. En esta primera fase habría que tener en cuenta los siguientes aspectos:

- a. Definición de la figura del coordinador-conductor.
- b. El equipo colaborador: profesores, padres, médicos y demás especialistas.
- c. El grupo de padres que en ningún caso debería ser inferior a 20, procurándose que lo constituyan personas de ambos sexos.
- d. El material de trabajo: Medios audiovisuales (M.A.V.), documentos de apoyo...
- e. El procedimiento de financiación

b) En la segunda fase, "organizativa", lo que se pretende es poner la Escuela de Padres en funcionamiento. En esta fase tendrían que tenerse previstos los siguientes aspectos:

- a. Delimitación de objetivos a conseguir a corto, medio y largo plazo.
- b. Determinación del Temario a desarrollar: bloques y unidades temáticas para tratar a lo largo del curso.
- c. Acuerdo sobre la temporalización. Es decir, distribución del programa en función de la frecuencia con que se celebrarían las sesiones de la Escuela de Padres.
- d. Metodología a llevar a cabo en el desarrollo de las sesiones.
- e. Evaluación de los resultados.

c) La tercera fase puede denominarse "coordinadora" en cuanto que se refiere a las tareas que el coordinador-conductor de una Escuela de Padres debe realizar.

Para llevar a cabo esta fase conviene tener en cuenta los siguientes aspectos expresados a continuación:

- a. Dedicación, materialización en número de horas empleadas a la Escuela de Padres.
- b. Compromiso personal con sus tareas.
- c. Moverse dentro del campo de la educación actual para recabar ponentes y conseguir visitas a instituciones, etc.
- d. Control sobre los horarios y sus cambios de acuerdo con las necesidades del grupo y ponentes.
- e. Adecuación de los locales en los que se celebran las sesiones para facilitar la comunicación y el diálogo.
- f. Diseño y control de un registro de datos:
 - Temas tratados.
 - Ponentes que han participado.
 - Financiación.
 - Publicaciones.
 - Relaciones con otras instituciones.

Un dato muy interesante, a tener en cuenta, es el nivel socio-cultural de los padres y familiares que asisten a las sesiones de la Escuela de Padres. De acuerdo con ello, habrá que estructurar el estilo de trabajo que se va a llevar a cabo, porque cuando el nivel cultural es alto, un cierto tipo de informaciones teóricas puede ser aceptado y asumido, pero, si el nivel es bajo, la información muy científica aumen-

ta la ansiedad y la inseguridad de los padres en vez de reducirla. En todos los casos, sigue siendo muy importante el hecho de la intercomunicación y el intercambio de problemas y experiencias, a través de una participación muy amplia y generalizada.

Es, pues, recomendable que en todas las Escuelas de Padres, pero muy especialmente en aquellas a las que asisten personas con niveles culturales bajos, se estimule la actividad de los participantes. Habrá que facilitarles, desde luego, datos y conocimientos científicos cuando les sean precisos, pero sólo aquellos que siendo importantes para el tema que se esté considerando, enriquezcan su personalidad, sin disminuir su seguridad y autoconfianza.

6.- El coordinador-conductor

La creación de una Escuela de Padres al servicio de estas ideas es una empresa relativamente complicada en la que los profesores y los padres tienen que sentirse comprometidos por igual en unas líneas comunes de intereses y actividades y a la búsqueda de los mejores objetivos educativos.

Pero para que el desarrollo de todos estos trabajos sea eficaz, es necesario que haya un suficiente control organizativo y una buena coordinación de actividades. Al servicio de esta tarea debe ponerse una persona que se haga responsable del funcionamiento general, que mantenga el entusiasmo de los primeros momentos, que prepare y coordine cada sesión y que, sobre todo, esté muy convencida de la idea rectora que hace vivir y funcionar a esa Escuela de Padres, porque su primera actividad va a ser la de aglutinar todos los esfuerzos de los participantes y motivarlos para la participación activa.

Nos parece que la denominación de "coordinador-conductor" refleja bastante bien lo que se puede esperar de él. Es alguien que se pone al servicio de las ideas básicas de la colaboración escuela-familia pero sin adueñárselas, porque deben ser suscritas por todos

y que ayude y guíe al grupo para que las ponga en práctica.

Hay otra función importante que compete al coordinador-conductor en el desarrollo de una Escuela de Padres: la referente a la definición de objetivos y planificación de las actividades. Este proceso deberá comportar, asimismo, los necesarios compromisos de trabajo y presencia activa que darán lugar, si procede a la creación de un equipo que colabore de forma permanente en las tareas centrales del coordinador-conductor. Entendiendo correctamente la estructuración de las relaciones adulto-adulto que deben existir entre padres y profesores, va de suyo que en este equipo no deberían faltar los padres.

Junto a estas facetas iniciales de la puesta en marcha, el coordinador-conductor deberá atender el mantenimiento de un ritmo conveniente de las actividades a lo largo del tiempo. A estos efectos resulta valioso el conocimiento de los mecanismos y canales de información y comunicación así como de los diferentes tipos de relaciones personales que se producen en los grupos humanos.

Por último, el trabajo de moderar y estimular las actuaciones de los participantes, ha de ser asumido también por él durante las sesiones de la Escuela de Padres, ya que se han de usar en ellas muy variadas técnicas de trabajo que deben ser cuidadosamente manejadas como instrumento de expresión y comunicación.

El conocimiento y manejo por parte del coordinador-conductor y su equipo de las diversas técnicas de la Dinámica de Grupos facilitará mucho la realización de las sesiones haciendo mucho más efectivas las actividades de los participantes que, al mismo tiempo que estudian los temas que les interesan y tratan de resolver sus problemas, encontrarán un apoyo grupal que les va a ayudar a reducir su ansiedad y encontrar un mejor equilibrio para afrontar el desempeño de sus papeles de padres y educadores.

6.- El Temario a tratar

Dentro de la estructuración y puesta en marcha de las tareas de una Escuela de Padres queda, por último, otro aspecto importante a considerar: el de los temas que se estudian en las sesiones de trabajo. En esta programación, que debe ser preparada para un período amplia (curso académico, semestre, etc.) se deben seleccionar temas fundamentales y que concuerden con los intereses de las familias participantes.

Conviene aclarar asimismo, que si bien no se debe seguir un temario rígido ni impuesto, sí es importante que se expongan ordenadamente los temas que más interesan a las familias participantes.

En este sentido la experiencia y la demanda han decantado tres grandes bloques temáticos:

1. La Educación para la Salud.
2. Higiene mental y desarrollo de la personalidad.
3. Aspectos educativos y escolares.

en torno a los cuales los padres suelen sugerir temas muy relacionados con la problemática particular de los hijos. En este sentido, hay que estar alerta para no caer en un consultorio particular, ni en un recetario. Porque este procedimiento tendría el grave riesgo de hacer que los padres dejasen de asistir a la Escuela en la medida que han resuelto su problema concreto.

El número de temas propuesto suele estar indudablemente relacionado con el problema particular que preocupa al padre, pero son los conductores del grupo quienes tienen que escuchar y revertir las individualidades en respuestas colectivas, para lo cual tienen que implicar al grupo entero.

Este procedimiento tiene la ventaja de partir de los intereses de los participantes y así una vez hecho el programa, los padres se sentirán satisfechos por haber colaborado en la programación, considerando esta actividad como algo suyo, no impuesto.

Por lo que respecta a la organización del temario, debe establecerse, más que un orden lógico y académi-

co, un orden funcional, en relación a las personas a las que van dirigidos: los padres.

Según esto, se entenderá que a veces se exponga en una sesión un tema exclusivamente de Educación para la Salud, de Psicología o de Educación en general, o bien se exponga otro desde una óptica común médica, psicológica y educativa, según requiera el tema en cuestión.

Otro aspecto importante a tener en cuenta en el desarrollo del temario, es el método a seguir, porque la exposición y desarrollo de un temario en una Escuela de Padres estará en relación directa con los objetivos marcados previamente y con los miembros inscritos en ella y sus necesidades.

En este sentido, puesto que los objetivos marcados deben ser informativos, por una parte, y por otra conseguir un cambio de actitudes, habrá que informar al mismo tiempo que se dialoga, analiza y reflexiona, sobre las tareas y la conducta de los padres como agentes educativos.

Como el modelo de Escuela de Padres que se persigue es democrático y activo, no se puede transmitir la información rígidamente ni de forma unidireccional y clásica, sino que, basándonos en un modelo social, y por medio de la Dinámica de Grupos, hemos de ofrecer una metodología activa y participativa. En este marco, los padres deben sentirse agentes analíticos y críticos de los diversos aspectos estudiados.

De lo expuesto hasta aquí se puede concluir como resumen, que los padres en las Escuelas de Padres, deben ser agentes y no pacientes de su propia información y cambio.